

ORGASMOS

LaViscera

Año 01

Núm. 10

Octubre 2021



LA
VISCERA
Magazine

Año 1 | Núm. 10

LaViscera Magazine

 www.facebook.com/LaViscera

Dirección / Coordinación

EDULOGIC PRODUCCIONES

Corrección

CVH

Consejo de redacción

CARLOS SAN JORGE

PATRICIA SÁNCHEZ

CARLOS VICENTE

Maquetación / Diseño

PATRICIA SÁNCHEZ

Contacto:

LaViscera@edulogic-producciones.com

www.edulogic.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación sin autorización expresa de los autores y del equipo directivo de LaViscera Magazine. Todos los derechos reservados.



«Y después de hacer todo lo que hacen, se levantan, se bañan, se entalcan, se perfuman, se peinan, se visten, y así progresivamente van volviendo a ser lo que no son»

Julio Cortázar

(Amor 77)

05	Carlos Vicente UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (X)
07	Patricia Sánchez ATENTAMENTE, DULCINEA
11	Beatriz Gorjón INSTANTES
13	Carlos San Jorge TOMARÉ LO MISMO QUE ELLA
15	Jara Aizpurua / Andrés Níguez SIN TÍTULO -10
19	LA RECETA. Patricia Sánchez ORGASMO EN SU JUGO
21	VÍSCERAS INVITADAS: ANTONIO VELASCO DESARROLLO HISTÓRICO DEL ORGASMO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA DESDE LA PREHISTORIA AL S. XI
25	VÍSCERAS INVITADAS: ANTONIO MARCOS L'IMPORTANT E FINIRE
27	Nacho G. Ríos (Selección) Pedro Vez (Ilustración) HAIKU FINAL

Quizá pensaban los franceses, al definir al orgasmo como «*la petite mort* (la pequeña muerte)», en ese desmayo intenso, en ese dejarse ir, en esa pérdida de consciencia palpitante y placentera en la que el cuerpo, después de darlo todo, se resiste a obedecerte. Quizá pensaban en ese suspiro ahogado tras los jadeos, en ese sudor perlado que resplandece, en ese momento de paz... y muerte. Quizá alguno, incluso, en aras de su inquietud científica y filosófica, pensaba en esa pérdida vital que supone «dar la vida» (sea o no ese el objetivo final), en esa extenuación del espasmo, en ese olor a sexo tras el semen derramado, que no deja de ser, también, un olor a muerte y abandono. Porque la muerte y la vida no son opuestas, sino complementarias, porque el sexo y su clímax las unen en ese instante en el que llegamos al límite, en el que confluyen, en el que.... Quizá pensaban los franceses en darle un nombre que sonara interesante y les garantizara el siguiente polvo. Poéticos los franceses.

CARLOS VICENTE

UNA OBRA DE TEATRO QUE NUNCA ESCRIBIRÉ (X)

No hay nada más excitante que lo prohibido, sobre todo en la juventud. El riesgo, la adrenalina, las gotas de sudor rebelde al saltarse lo establecido... Eso es placer, eso es maravilloso. Bueno, hasta que llegas a la edad adulta y la cosa cambia. Por eso, escribiría una obra que nunca me dejarán escribir sobre algunos placeres proscritos... y solitarios.

Empezaría, más o menos, así:

Un salón de una familia media. Un hombre leyendo un cómic. Entra su esposa. Él esconde su placentera lectura.

Mujer: A comer...

Hombre: Ya voy.

La mujer se le queda mirando, escudriñándole. Examinando.

Hombre: ¿Qué toca hoy?

Mujer: De qué.

Hombre: Que qué vamos a comer hoy.

Mujer: Lo de todos los domingos.

Hombre: Ah.

Mujer: ¿No te gusta la paella?

Hombre: Me encanta.

Mujer: ¿Y el pollo asado?

Hombre: Pues claro.

Mujer: No, es que es lo que comemos siempre. Desde que nos casamos. Los domingos: paella y pollo asado, que es lo que se comía en casa de mis padres de toda la vida.

Hombre: Y a mí me encanta.

Mujer: ¿Qué hacías ahí mientras yo hacía la comida?

Hombre: Nada. Miraba...

Mujer: El qué.

Hombre: El tiempo. Mañana salgo de viaje a Mérida y quería saber si...

Mujer: Pues qué tiempo va a hacer en Mérida. Calor. En Mérida siempre hace calor.

Hombre: Ya, pero por si acaso.

Mujer: ¿No estarías con...?

Hombre: Pero, qué cosas tienes.

Mujer: Lo sabía. Y seguro que era *Los cigarros del faraón*.

Hombre: Mujer, me gusta.

Mujer: ¿Y lo próximo qué va a ser, *Asterix gladiador*?

Hombre: Tampoco es para tanto.

Mujer: ¿Y qué van a decir cuando vaya a la casa del pueblo y cuente que todos los domingos me encuentro a mi marido sentado en el sofá leyendo cómics en los que aparecen indios?

Hombre: Pues nada, que me divierto.

Mujer: No, si divertirse te diviertes. Sólo con ver la cara que pones.

Hombre: Es que es divertido.

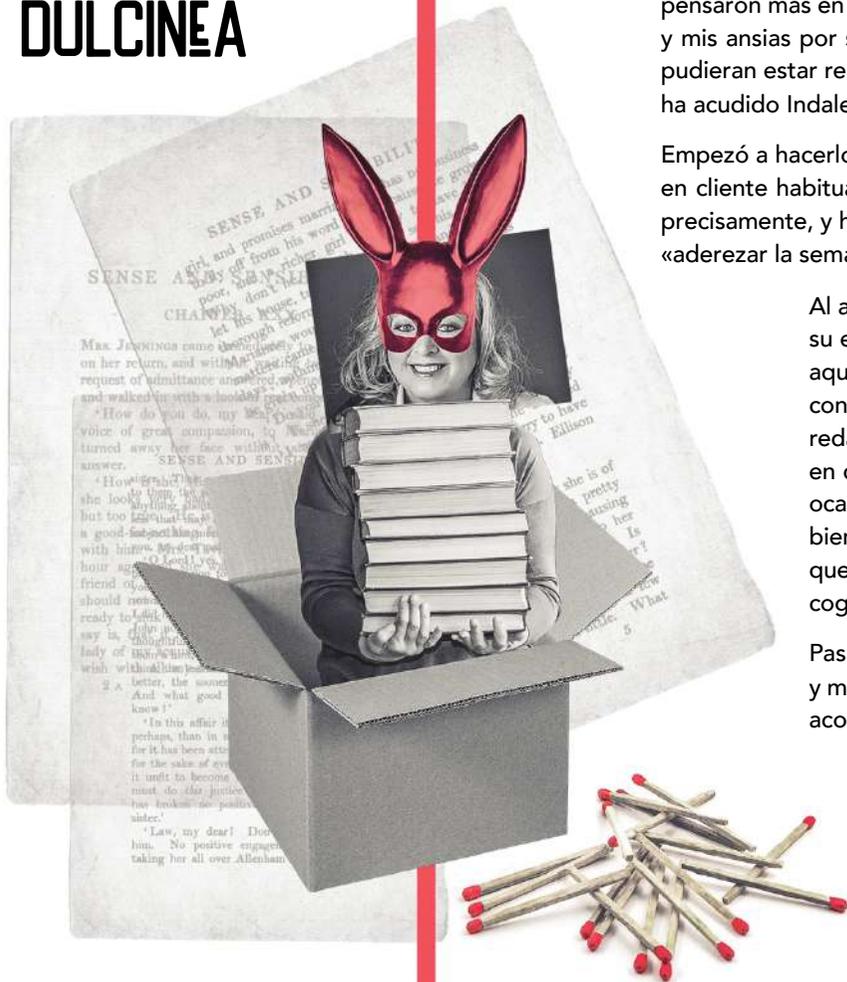
Mujer: No pones esa cara ni cuando culminamos el acto sexual.

Y así seguiría la obra hasta que la mujer tirase por la ventana todos los cómics de Asterix, Tintín y Lucky Luke del marido y él siguiese el mismo camino mientras ella pone cara de culminar el acto sexual.



PATRICIA SÁNCHEZ

ATENTAMENTE, DULCINEA



Estimado señor Ordóñez,

a la firma de la presente le comunico el deceso de su antiguo amigo de la infancia, Indalecio Cabezas González, natural de Alcañizo, pequeño municipio de Toledo en el que, según indica en los escritos que a mi cargo ha dejado y por los que contacto con usted, compartieron tardes jugando en la plaza y primeros escarceos amorosos con «la Delirio», turgente y resolutiva cincuentona chilena de la que nunca supieron su verdadero nombre, regente del «Huracán 63» y especialmente motivada en iniciar en la buena vida a cuanto muchacho con cuarenta duros en el bolsillo y ganas de dejar atrás la etapa virginal se le cruzara por el camino.

El motivo de la misiva que en estos momentos tiene entre manos y que acompaña a ese paquete, que desconozco si ha procedido a abrir de forma previa (a pesar de que en el sobre que contenía estos folios se le indicaba específicamente que no lo hiciera), es el de comunicarle tan triste noticia y explicarle de la forma más clara y breve en la que me sea posible, por qué recibe esa caja y lo que contiene.

Para ello, sin duda, creo que lo primero que debo hacer es presentarme, ya que, llegados a esta línea, estará preguntándose quién soy y por qué hago lo que hago: Dulcinea tuvieron «a bien» llamarme unos padres quijotescos y excesivamente literarios que pensaron más en lo cultural del nombre que daban a su hija que en cómo éste marcaría su destino, ya que con semejante nombre y mis ansias por ser mi propia jefa, pocos negocios me eran propicios, a no ser que con pasteles, molinos o sueños imposibles pudieran estar relacionados. Soy dueña de una pequeña librería en Arcicóllar (como ve, mucho no viajó su otrora amigo), a la que ha acudido Indalecio lunes sí, lunes también, durante los últimos catorce años de su vida.

Empezó a hacerlo unos meses después de enviudar y jubilarse anticipadamente en la imprenta, algo que me contó al convertirse en cliente habitual. No sé si fue así en sus años mozos, pero lo cierto es que el bueno de Indalecio no era amante del silencio precisamente, y hablaba y hablaba y hablaba mientras paseaba la vista por las estanterías decidiendo qué historia se llevaría para «aderezar la semana», como él mismo solía decir.

Al año y tres meses de su primera visita a «El rincón de Dulcinea», sucedió algo que, sin duda, cambiaría el resto de su existencia y, de paso, la mía. Me acababan de entregar el listado de libros en retirada de ese trimestre, ya sabe, aquellos que el Ministerio de Cordura y Buenos Hábitos (formado por las máximas autoridades en la materia) consideraban que debían ser retirados por cualquiera de los puntos recogidos en el Real Decreto que a tal fin se redactó para evitar ofensas, incorrecciones e indolencias entre la población. Con esa desidia que, sin duda, habita en quien acata sin ganas ni para negarse ni para sublevarse, cargaba los veintitrés títulos que habían caído en esta ocasión para dejarlos en el almacén hasta que tuvieran a bien venir a recogerlos o avisarme para la quema. No sé bien con qué ni cómo, pero al cuarto paso desde el mostrador trastabillé y acabé precipitándome sobre Indalecio, que me contaba no sé que historia que hacía rato había dejado de escuchar y que me sujetó a duras penas mientras cogía, antes de caer al suelo, el primer libro del montón.

Pasada la sorpresa inicial por el tropiezo, no pude evitar notar, aún pegada a él, cómo su miembro se tornaba erecto y me retiré lo más rápido que pude, dejando caer al suelo el resto de libros y comprobando, a su vez, que semejante acontecimiento le dejaba a él igual de perplejo que a mí.

No voy a entrar en detalles, señor Ordóñez, no le conozco ni sé si este tipo de historias podría motivarle, pero, antes de que imagine cosas que no son, le diré que, hora y media después de no hablar del tema (imagine lo contrariado que podía estar Indalecio para no emitir ni una sola palabra en hora y media), descubrimos, de forma totalmente fortuita al ayudarme a recoger los libros que cayeron (y que se habían

quedado ahí esperando, hasta que ambos nos calmamos un poco), que no fue mi cercanía lo que motivó el palpitante cambio de estado de su amigo, sino el contacto con aquel libro, el que cogió al vuelo antes de precipitarse al suelo y al que, sin saberlo en ese momento, salvó de la quema.

Sí, señor Ordóñez, Indalecio Cabezas González descubrió, a los 63 años y tras ocho experiencias sexuales previas (la de la Delirio y siete con su esposa, Carmencita, que no fue, precisamente, una mujer muy efusiva) que le excitaba enormemente cualquier obra literaria de aceptable calidad que otros hubieran decidido que no era adecuada, enarbolando la bandera de la no ofensa a cualquier colectivo que estuviera dispuesto a dejarse lacerar por cuatro frases bien construidas y a quejarse después por ello.

A aquel libro, que era una edición bastante normalita de «Tres Sombreros de Copa», de Mihura, siguieron otros como «Lolita», de Nabokov, «Moby Dick», de Herman Melville o una edición estupenda del guión de «Amanece que no es poco», de José Luis Cuerda. Todos ellos y unos cuantos más le proporcionaron los que, según me dijo, se convirtieron en los mejores orgasmos que había tenido en su vida.

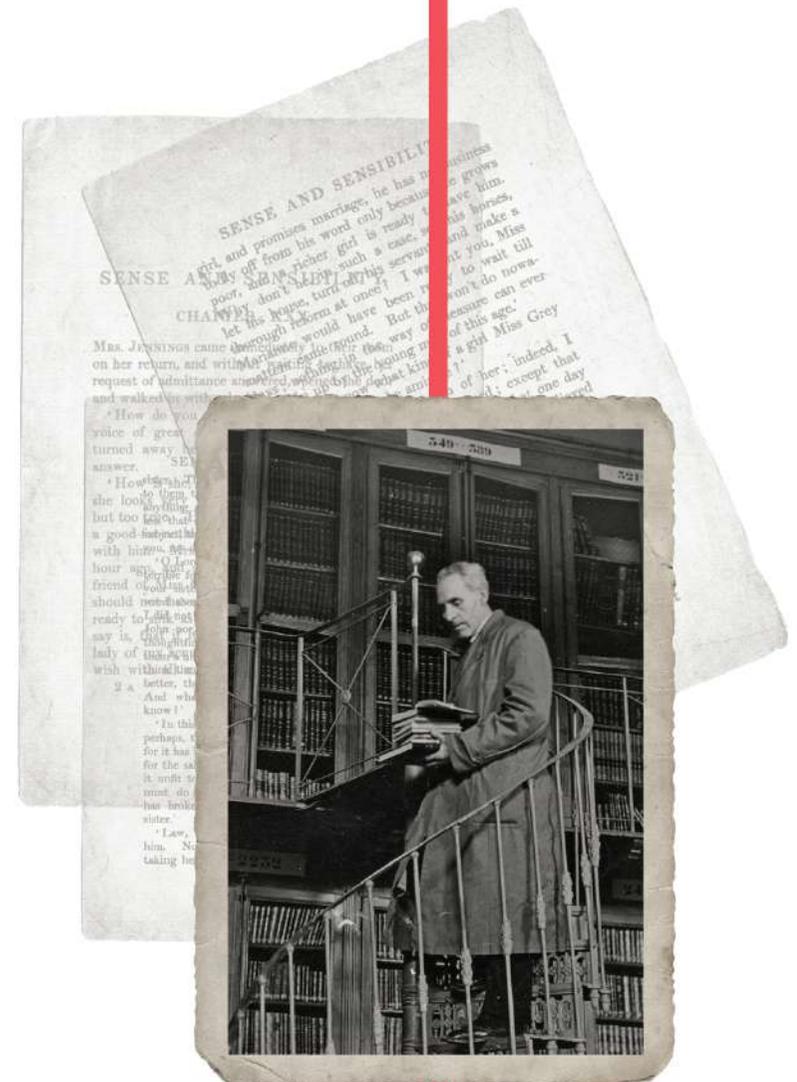
Me transformé en una rebelde con causa, desafiando las indicaciones del Ministerio y guardándole al bueno de Indalecio un mínimo de dos ejemplares cada trimestre. La selección era sencilla. Apenas rozaba con la yema de sus dedos el libro en cuestión, notaba la incipiente tumefacción de su entrepierna, que crecía de forma directamente proporcional al número de puntos del Real Decreto que, supuestamente, incumplían sus páginas. Ya ve, señor Ordóñez, yo, Dulcinea Redondo de todos los Santos, con un ligero sobrepeso, astigmatismo severo y una mal disimulada cojera debida a una poliomielitis de carácter leve, me convertí, a mis 52 años y medio, en «la Delirio» del ocaso de la vida de su amigo. Y he de confesarle que esos actos de insurgencia me proporcionaron a mí misma más de un clímax sin necesidad de fricción de ningún tipo.

Ahora el bueno de Indalecio se ha marchado y yo anuncio retirada cerrando mi rincón, en el que echo de menos sus discursos sin sentido y su palabrería de fondo, y del que parte la caja que ahora tiene en su poder con todos esos libros que, durante estos años, guardamos salvándolos de la quema por puro placer, nunca mejor dicho. Si no se adelantó y la abrió antes de tiempo, aún puede salvarse. Préndale fuego y entonces podrá decir con orgullo que ha sido un ciudadano decente toda su vida y que, salvo el escarceo con la chilena cincuentona, tuvo una existencia recta, impecable, ajustada a los cánones marcados y sin orgasmos fuera de los límites establecidos.

Usted decide.

Atentamente, Dulcinea.

Postdata: adjunto a esta carta una foto de su antiguo compañero unos años antes de dejarnos. Seguro que a él le haría ilusión que usted la tuviera y quién sabe... quizá quiera usarla de marca páginas.





INSTANTES

BEATRIZ GORJÓN

Llueve en verano
tierra seca mojada
el petricor.

Mucho calor
al final del camino
cerveza fría.

Cuerpos desnudos
gemidos y suspiros
los ojos vueltos.

CARLOS SAN JORGE

TOMARÉ LO MISMO QUE ELLA



SALLY:

Harry, puede que no creas esto, pero nunca consideraré no acostarme contigo un sacrificio.

En esta ocasión, hablaré de la película que cuenta con el que, quizás, sea el orgasmo más icónico del cine de los ochenta. Y eso, sin mostrar ningún acto sexual y con los personajes implicados en la escena totalmente vestidos, en medio de un restaurante, rodeados de gente y a plena luz. Ya, ya sé que en otro tipo de películas todo esto no tiene por qué ser un impedimento, pero si hablamos de cine comercial, desde mi punto de vista, tiene más mérito aún y hace que sea imposible nombrar este largometraje sin que te venga a la mente ese orgasmo «fingido» de la protagonista.

Cuando Harry encontró a Sally, con Meg Ryan y Billy Crystal, dirigida por Rob Reiner (*Cuenta conmigo*) y con guion de Nora Ephron (*Algo para recordar*, *Tienes un e-mail*), se convirtió en una de las películas románticas por excelencia de su década. Y eso que, a priori, contaba con una pareja protagonista que no prometía demasiado y que tuvo que luchar en taquilla con películas del nivel de *Batman*, de Tim Burton, o *Regreso al Futuro II*, de Robert Zemeckis. Pero el boca a boca, ese gran crítico cultural, colocó a este largometraje en un lugar privilegiado, en el que aún hoy se encuentra, según muchos, que la consideran una de las mejores comedias románticas del siglo XX.

Lo que es innegable es que Nora Ephron fue nominada al Oscar y a los BAFTA como autora del mejor guion original. Y que, después del estreno, muchos compañeros de profesión y críticos especializados consideraron este guion como «un perfecto paisaje de frases magníficas que formarán parte de la educación sentimental de varias generaciones». Y todo eso teniendo en cuenta que, hoy en día, no pasaría ni por asomo el test Bechdel, método que sirve para evaluar si una obra cumple con los estándares mínimos para evitar la brecha de género (ya veremos si hay algún número de *LaViscera* que me lleve a profundizar más en este tema... y ya veremos si quiero meterme en ese jardín).

Volviendo a lo que me ocupa, y como argumentaba al principio, por lo que sin duda será recordada esta película es por la mítica escena del orgasmo fingido. Se desarrollaba dentro del Katz's Delicatessen, lugar que ya era famoso en Nueva York por sus bocadillos de pastrami antes de la citada escena. De hecho, después de la película, se convirtió en lugar de peregrinación, tanto de turistas como de fans y, hoy en día, se puede encontrar un cartel encima de la mesa que ocuparon los actores en el que se lee: «Donde Harry encontró a Sally... esperamos que obtengas lo que ella obtuvo. ¡Disfruta!». Así que, si en algún momento tienen ustedes ocasión de pasarse por allí, siéntense cerca, si pueden, y emulen a esa mujer mayor que, sentada junto a la mesa de los protagonistas al final de la escena, dice eso de: «Tomaré lo mismo que ella». Por cierto, era la madre del director.

SIN TÍTULO -9

TEXTO: JARA AIZPURUA

FOTOGRAFÍA: ANDRÉS M. NÍGUEZ

Hay lugares y personas que siempre se van a quedar en nuestras retinas, bien por lo que nos han hecho sentir o por todo lo contrario. Siempre he escuchado eso de no «vuelvas al lugar donde fuiste feliz». Al principio no lo entendía. ¿Cómo es posible que alguien no quiera regresar al sitio donde sonrió, donde se encontró a gusto, donde encontró el amor, donde, en definitiva, como dice el dicho, fue feliz? Después de ese verano pude comprenderlo.

Lucas y yo nos conocíamos desde que éramos unos críos. Habíamos veraneado siempre en un pueblo de la costa y éramos buenos amigos, quizás demasiado, quizás hasta el punto en el que no distingues muy bien si esa amistad es solo eso, amistad, o va más allá. Él tenía sus líos, yo los míos y, mientras todo eso pasaba, nosotros nos queríamos a nuestra manera y nos veíamos sólo en periodos estivales, mientras que el resto del año nos mensajeábamos de vez en cuando y nos poníamos al día a través de redes sociales, entre me gustas y algún que otro comentario.

En el verano de 2001 algo cambió para siempre. No sólo porque estuviéramos juntos, si no porque fue el último que pasamos allí. Ambos éramos distintos. El año había sido complicado para los dos por diversas circunstancias y, quizás por eso, creo que nos permitimos conocernos más allá de lo que lo habíamos hecho hasta ese momento.

Pasó una tarde. Un grupo de amigos decidimos bajar a una playa nudista. Para muchos será algo normal, pero para nosotros fue una apuesta de esas que acaban entre dos tíos con un «¡A que no hay huevos!». Y hubo, y ovarios también, porque, ni cortas ni perezosas, Ana y yo nos unimos al plan casi sin preguntar.

Teníamos ganas de vivir la experiencia y, de una vez por todas, dejarnos de tonterías y querer un poco a nuestros cuerpos sin importarnos lo más mínimo lo que los demás pensarán.

Yo ese día me desperté divertida, con ganas de jugar. Era un día de esos en los que te miras y te sientes bien. Tenía ganas de ir un poco más allá con todo.

Iba por delante de Lucas en la carretera, era estrecha y no nos permitía ir a la par. Entonces, su grito me hizo parar en seco.

- ¡June! ¡June! Para, te está viendo el culo todo el que pasa por la carretera.
- ¿Qué? – dije sorprendida sin entender lo que decía y frenando de golpe.
- El vestido. El vestido se te está subiendo por detrás. ¿Se puede saber por qué no llevas nada debajo?
- ¡Mierda! - Dije intentando recomponerme y muerta de la vergüenza-. Es que... Nada, da igual.

Me metí el vestido entre las piernas y me senté de nuevo asegurándome de que estaba bien enganchado. Lucas me miraba entre sorprendido y enfadado.

- ¿Qué pasa? ¿Nunca has visto un culo o qué?
- Sí, pero no el tuyo y así. Me has puesto cachondo.
- ¿Y qué pensabas que ibas a ver ahora en la playa?
- No sé, June, es que me ha pillado por sorpresa.

Volví a retomar el camino mientras Lucas se quedó atrás, pensativo, y me alcanzó al rato casi sin aliento.

- Pensé que te habías rajado – le dije sonriendo mientras me apuntaba un tanto.
- Ni de coña. No pienso dejar que Sebas se salga con la suya.
- ¿Ni por mi culo?
- Ese se ha convertido en la razón principal.

Sonreímos y fuimos en busca de Sebas y Ana. Ellos habían llegado un par de horas antes y estaban ya acomodados, desnudos y como si la cosa no fuera con ellos. Lucas enseguida se deshizo de su ropa y a mí, de repente, me entró todo el pudor.

Me despojé de lo poco que llevaba encima y me fui corriendo al agua. El resto me siguió sin tener que decirles nada. La sensación de poder nadar desnuda fue increíble. Sentirlo cerca, entre juegos y risas, más aún. Cuando Ana y Sebas se retiraron, nos quedamos solos.

- ¿Te puedo preguntar algo? – me dijo Lucas mirándome fijamente.
- Dispara. Ya veremos si puedo responderte.
- ¿No es un poco incómodo montar en bici así?
- Pues no creas. A ver, no es lo más cómodo del mundo, pero casi hasta he sentido gustirrinín.





- ¡Estás de coña!
- No, en serio. Creo que luego volveré desnuda del todo, tiene que ser increíble sentir el aire en toda mi piel mientras pedaleo y se me clava el sillín en el coño.
- Eres imbécil -me dijo, al tiempo que me hacía una aguadilla.
- Lo soy -escupí cuando logré salir- pero te he puesto cachondo. Y eso, hasta ahora, no lo había conseguido
- Eso no lo sabes.
- Venga Lucas, no me vengas ahora con tonterías.

Se acercó a mí hasta estar a unos milímetros de mi boca. Me miraba fijamente y nuestros cuerpos se rozaban bajo el agua. Noté cómo su brazo me agarraba la espalda.

- Lucas...

Me calló besándome y apretándose más a mí. Me dejé llevar. Nuestras lenguas se buscaban mientras mi cuerpo reaccionaba a ello. Enseguida me sentí excitada y, cuando Lucas pasó su mano por mis pechos y fue bajando hasta llegar a mi clitoris, quise escapar de allí. No sé si por miedo o vergüenza a que hubiera otra gente que nos pudiera estar mirando, pero quise correr y no mirar atrás y eso hice, al menos en mi mente, porque Lucas me agarró y no dejó que saliera de allí.

- Tranquila. ¿Vale? Nada cambiará después de esto. Seguiremos siendo los mismos.
- Lucas...
- June, disfrutemos, por fin, de nosotros. Sé que me deseas, lo noto.

Y me perdí en él. En sus besos, en sus caricias, en el agua siendo nuestra cama y me olvidé del mundo y de todo lo que había alrededor. Nos masturbamos, nos corrimos, entró en mí y quise quedarme a vivir en ese momento para siempre.

El verano fue increíble, como todos los principios. Con él todo era multiplicado por dos. Pero, igual que empezó, se acabó al terminar las vacaciones. Confesó. Tenía pareja y no tenía intención de dejarla.

Desde entonces, el pueblo se convirtió en dolor. No pude volver y no supe más de él. Hasta hace poco, cuando pasé unos días por Salamanca. A mi marido le habían hablado maravillas de la ciudad y aprovechamos antes de que diera a luz. Me quedaban tres meses. Habían pasado más de 10 años.

Paseando por el centro y, al encontrarme frente a las esculturas de Xu hongfei, allí, detrás de la chica en bici, estaba él. No estaba solo, iba con una mujer y dos pequeños. Nos encontramos en una mirada recorriendo la excitación que parecía que mostraba el autor y yo regresé a una playa donde fui feliz.

INGREDIENTES

- Ganas y predisposición.
- Todo lo demás es secundario. En serio, todo.

POSIBLES ADEREZOS O ACOMPAÑANTES (OPCIONAL):

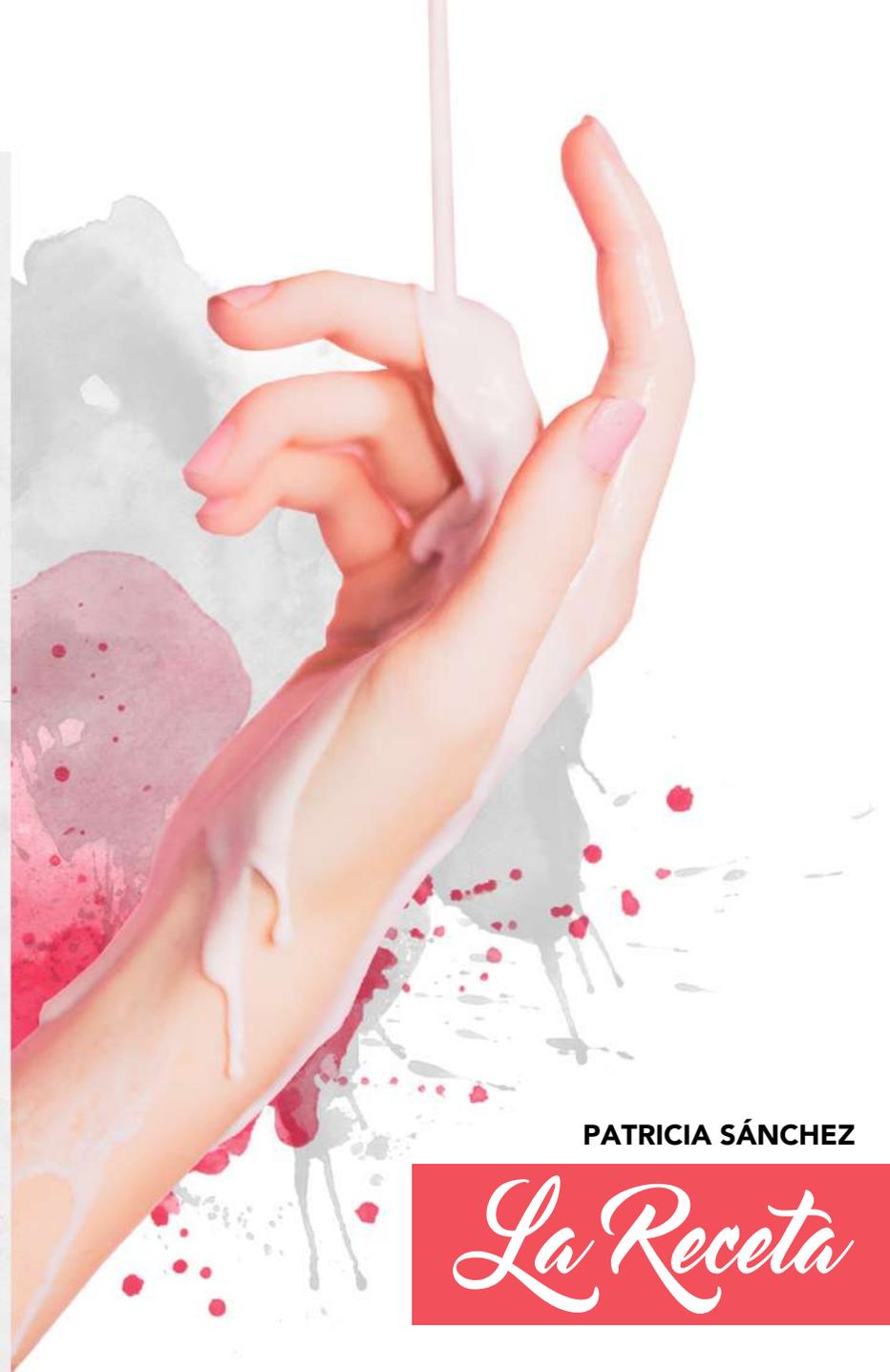
- **ESCENOGRÁFICOS:** música, velas, pétalos de rosa y cursiladas similares o localizaciones «peculiares» para montarse una «buena peli» (que incluyan lugares de apoyo es de agradecer).
- **CULINARIOS:** nata, bebidas espirituosas, chocolate, leche condensada (ojo con esta última cuando se seca y según dónde se seque...).
- **ESTÉTICOS E HIGIÉNICOS:** lencería o ausencia de ella, aceites de masaje, geles...
- **MECÁNICOS:** utensilios varios. Si bien, y a riesgo de parecer excesivamente tradicionales, no somos muy proclives a emplear aquellos de última generación que garantizan la culminación de la receta en segundos, tipo «termomixifacer»; somos más de disfrutar del proceso y alargar el resultado lo máximo posible. Claro que para gustos...

CÓMO SE HACE

TIEMPO DE PREPARACIÓN: a gusto del consumidor. Hay una amplia variedad de opciones de elaboración, pudiendo optar desde el «aquí te pillo, aquí te mato» hasta el «te voy a tener toda la noche mirando a Cuenca».

DIFICULTAD: el grado de dificultad es inversamente proporcional a las ganas, predisposición y experiencia de los agentes intervinientes en la elaboración (cuyo número es libre e, incluso, puede modificarse durante el proceso).

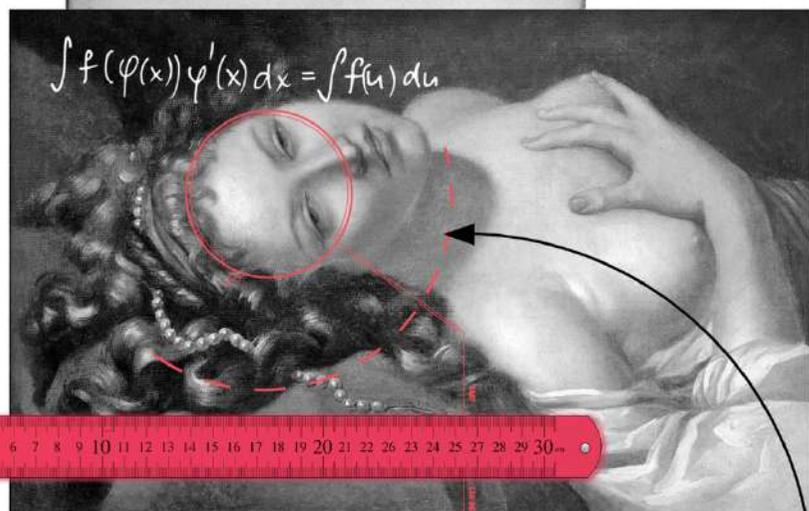
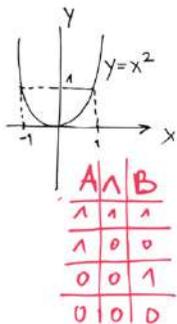
ELABORACIÓN: elija la opción rápida o se decante por el «a fuego lento», desde este recetario (con la seriedad y profesionalidad que nos caracteriza) lo que le recomendamos encarecidamente es que le ponga intención. Un «orgasmo en su jugo» bien ejecutado proporciona una experiencia multisensorial altamente satisfactoria, que puede culminar con vítores y contraprestaciones más placenteras que cualquier estrella Michelin y que pierde gracia e intensidad si el cocinero demuestra desgana o recurre a esas pastillitas rápidas que garantizan un «chup-chup» que se queda a medio gas. Por ello, deléitese, disfrute del placer que proporciona proporcionar placer. No tenga miedo y abuse de los cuidados, mime los preliminares, incluso cuando cocine para usted solo. Y no haga caso de los que pretendan hacer de semejante «acto de amor» (propio o ajeno) algo pecaminoso o que engorde; háganos caso: algo tan bueno, no puede ser malo.



PATRICIA SÁNCHEZ

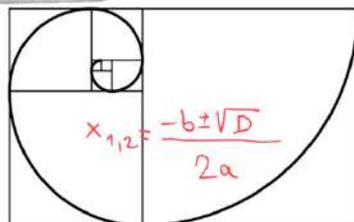
La Receta

DESARROLLO
HISTÓRICO DEL
ORGASMO EN LA
PENÍNSULA IBÉRICA
DESDE LA
PREHISTORIA
AL S. XI



$$\int f(\varphi(x))\varphi'(x)dx = \int f(u)du$$

$$\log a^{\sqrt{r}} = \frac{1}{5} \log a^r$$



Es de capital importancia aclarar que la disertación que a continuación me dispongo a presentar parte, por desgracia, de un concepto más teórico que práctico. Aún así, he de remarcar que, en todo momento, mi investigación ha sido rigurosa, tanto en el acto de documentación como en el acto en sí mismo.

Sería erróneo, a la par que funesto y atrevido, comenzar esta presentación contradiciendo la teoría del eminente doctor Miklos Bassza Meg, de la Universidad Tecnológica de Budapest (1), quien asegura que el orgasmo, tal y como hoy lo concebimos, tiene su origen en la Península Ibérica en las tribus neandertales de la zona de Piloña, en Asturias. Gracias a las pinturas rupestres halladas en estas cuevas (manos, nalgas, etc.), el historiador húngaro defiende que estos lugares, quizá por la resonancia de sus paredes, fueron elegidos como espacios idóneos para que el orgasmo apareciera y tomara un cariz casi sagrado o incluso divino. Fonéticamente, el sonido de esta primigenia expresión orgásmica partiría de una /ö/ media cerrada, seguida de una repetición de varias velares fricativas sordas /j/. Pronúnciese en alto: /Öjjjjj/.

Son muchos los historiadores que hablan de este tema, pero vamos a hacer una parada en la visión del investigador japonés Hiroito Kuso (2), de la Universidad central de Okinawa, dedicado desde hace décadas al estudio del orgasmo en los pueblos de la Península Ibérica prerromana, con especial atención a los vetones y vacceos asentados en la región conocida hoy como Salamanca.

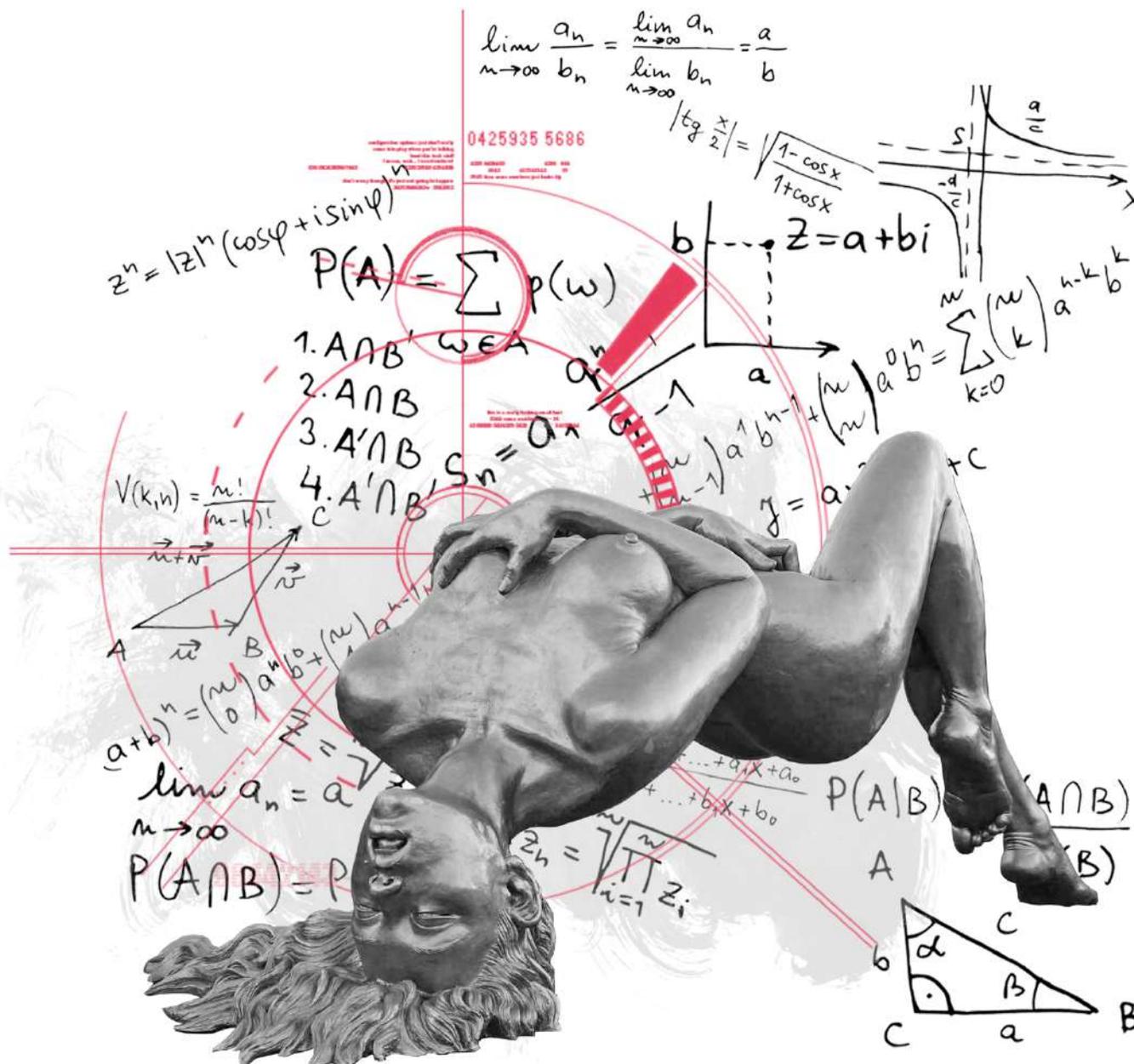
Kuso nos ofrece una interesante teoría en la que asegura que el orgasmo en estos pueblos toma una vertiente lúdica y social. Concretamente, durante el solsticio de verano, vetones y vacceos se juntaban a la orilla del río Tormes para competir en una especie de olimpiadas ancestrales. Según el japonés, una de las pruebas era la llamada /Ket edoy/, en la que los miembros más fornidos de cada tribu competían por ver quién tenía el mejor orgasmo, considerando como baremo: la calidad del mismo en la implicación del rostro, la sonoridad del grito y la estética de la posición corporal. Según una tablilla encontrada en la zona del municipio de Matilla de los Caños, el titán invencible de esta prueba debía ser un vacceo llamado /Hos El Uis/.

No podemos por menos que hacer una breve parada en el S. VI, poniendo nuestro foco en el rey visigodo Chindasvinto, nieto de Sisebuto y padre de Rescesvinto, popularmente conocido como «Chindas», famoso por su extraordinario vigor y su longevidad, vivió hasta los 90 años. Cuenta la catedrática sueca Victoria Knulla (3), de la Universidad de Uppsala, que Chindas dedicó muchísimo tiempo de su reinado al estudio del orgasmo, realizando incursiones en este tema tanto a nivel individual como colectivo. Tal era el carácter comunal que Chindas le dio al orgasmo que, según la doctora Knulla, en una ocasión realizó en Toledo una orgía con más de 600 invitados, dedicando, según las crónicas, un momento de atención a todos y cada uno de ellos. Un detallista Chindasvinto.

Nuestra siguiente, y última parada, la realizaremos en el convento de Santa Juliana de Sayago en la localidad zamorana que lleva este mismo nombre, donde según el investigador Mika Kurat, de la Universidad de Tallín (4), se fundó, en el siglo XI, la orden de las «Hermanas orgasmísticas». Todo el afán de esta congregación se fundamentaba, según Kurat, en la idea de cómo la autosatisfacción puede llevarnos al orgasmo para encontrar el verdadero rostro del Señor. En el museo del monasterio de Santa Juliana, podemos encontrar instrumentos arcaicos de estimulación con ondas expansivas y pulsaciones excitantes. Fueron célebres los cantos de la Coral de Santa Juliana, cuando todas las hermanas alcanzaban al unísono un clímax místico. El abate Dionisio de Viana cuenta en sus memorias que presenciar este espectáculo era como escuchar el mismísimo gemido de Dios.

Analizando estos ejemplos ya comentados y estudiando los personajes que, en siglos posteriores, dedicarán su tiempo a investigar y experimentar sobre este tema (véanse los Reyes Católicos, el Conde Duque de Olivares, Felipe V «el Animoso», Pepe Botella o la mismísima Isabel II entre otros) hemos de concluir que la Península Ibérica es cuna de auténticos virtuosos del orgasmo y que si nuestros ancestros hubieran dedicado el mismo tiempo a temas más constructivos que el aquí citado, quizá otro gallo nos hubiera cantado. Y, ahora, un servidor podría seguir contando anécdotas, pero van ustedes a disculparme, pues tengo «un tema» muy importante entre manos y no voy a ser yo quien cambie la historia.

1. Bassza Meg, M. (2019). *Orgasm in Asturian Neanderthals* (2.ª ed.). Budapest: Budapest University.
2. Kuso, H. (2021). *Vetones and Vaceos. Orgasms and acorns* (10.ª ed.). Okinawa: Okinawa Central University
3. Knullla, V. (2020). *Chindasvinto, the happy king. Orgasms in the Visigoth kingdoms* (7.ª ed.). Uppsalla: Uppsalla University.
4. Kurat, M. (2019). *The congregation of orgasmic sisters. The origin of the satisfyer* (6.ª ed.). Tallin: Tallin University.



VÍSCERAS INVITADAS

ANTONIO MARCOS



L'IMPORTANTE È FINIRE

Diez. Mina Anna Maria Mazzini, Mina. 1975. Canta *L'importante è finire*, escrita por Cristiano Malgioglio. Dice: "No sé si quedarme o volver a dejarlo morir / lo importante es acabar". Piensa en dejar a su amante, pero justo en ese momento, en el que yacen en una cama y la respiración se agita y la música sube desde un valle a una cima, duda. La letra juega con la diferencia entre abandonar y abandonarse. Acabar, irse. Sinónimos del orgasmo, que es el tema que nos ocupa. [Hay vídeo](#). Mina interpreta en primer plano, diciéndolo todo con ojos mesméricos de cine mudo, maquillados en negro, lunares en el rostro. Su actitud sutil, insinuante y poderosa: suyo es el placer, suya la decisión. La Radio Televisión Italiana prohíbe su actuación en el programa *Hit Parade*: alguien debió de pensar que era demasiado empoderamiento para la hora de máxima audiencia. Ese tipo de miedo.

Nueve. "La canción italiana posee toda la fuerza destructiva del amor. La música gastronómica salvará tu vida", grita el despechado personaje interpretado por Ignatius Farray en pelliza y calzoncillo slip – ahorraron en vestuario– en la película [Piccolo Grande Amore](#), dirigida por el crítico de cine Jordi Costa. El filme se abre con la grandísima Eva Llorach reinterpretando trágicamente y a capela a Mina y su *L'importante è finire*, tono que impregna una trama que mezcla dos de las grandes pasiones de Costa, la música y el cine de terror italianos: el deseo y el miedo. Los miedos de la RAI. Experimental de arriba a abajo, Jordi demuestra que si en un final juntas dos clímax y un anticlímax, gana el anticlímax.

Ocho. De clímax orgásmicos está llena [Liquid sky](#), película de culto, posmoderna y tristonra, dirigida por Slava Tsukerman en 1982. Filmin la define así: "Punkis, ovnis y heroína. La película más divertida, perversa, sucia y endiabladamente bella de ciencia ficción hecha jamás". Unos extraterrestres necesitan alimentarse de una sustancia que segrega el cerebro cuando alguien tiene un orgasmo o un subidón de heroína. Lo de "pequeña muerte" se queda corto.

Siete. El gol es el orgasmo del fútbol, dicen. Recluta 117 intenta tener por su cuenta y por aburrimiento un orgasmo de los normales en una nave donde duermen en literas otros 119 reclutas. Le cuesta: nunca se necesitó bromuro para aniquilar las ganas de los soldados, son más efectivos los somieres viejos, la falta de intimidad y el olor a desinfectante de baja calidad en los baños, a no ser que te pongan esas cosas. Recluta 117 se hizo luego profesional del fútbol en equipos de Segunda División B de los de patapún parriba. Metió muchos goles, cada uno tan trabajado como el mencionado arriba.

Seis. Si buscas orgasmo en Google Imágenes, en la primera página salen mayoritariamente mujeres agarrando fuerte las sábanas. Debe ser de los pocos sitios donde se encuentran representaciones de orgasmos femeninos en internet. En los resultados generales, top 3: Wikipedia, Sanitas, revista Elle. Seguramente esto quiera decir algo.

Cinco. El orgasmo es una proyección hacia adelante o una cuenta atrás. Es pregunta.

Cuatro. Si el orgasmo es un final, ¿cómo llamar a todo eso cuyo máximo grado de placer se sitúa al principio? Situaciones así, por ejemplo, encender un cigarro y dar la primera calada. Un, dos, tres... responda otra vez. ¿Alguien dijo el amor?

Tres. "¡Qué triste polvo echaste en la alameda! / (...) No hubo –seguro– brasa / frutal sí desvarío / acrílico naufragio de anular y cordial / adobo inútil de dos pieles hubo (...)". Anibal Núñez, en *Naturaleza no recuperable*.

Dos. "Hay menos alegría en la taberna que en el camino que conduce a ella". Cormac McCarthy, en *Meridiano de sangre*.

Uno. Ya está. Seiscientas palabras más o menos. Lo importante es acabar. (Clímax final).

Cero. Anticlímax.

HAIKU FINAL

NACHO G. RÍOS SELECCIÓN
PEDRO VEZ ILUSTRACIÓN



梅
青
し
女
の
も
て
る
悪
だ
く
み

Verde ciruelo
y una mujer tentada,
un plan perverso.

Suzuki Masajo, Kamogawa, 1906 - Tokyo, 2003